



Figura 0 Vista de construcciones de fuerte impronta vernácula en el primer tramo del Cementerio General de la ciudad. Fuente: Adela María García Yero

LO VERNÁCULO EN LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO DE CAMAGÜEY

THE VERNACULAR IN THE ARCHITECTURE AND URBAN PLANNING OF CAMAGÜEY.

Adela María García Yero¹, Oscar Diosdado Prieto Herrera²

RESUMEN

Camagüey, ciudad que obtuvo en el 2008 la condición de Patrimonio Cultural de la Humanidad, cuenta con un rico fondo de edificaciones vernáculas, a lo cual se une un peculiar trazado urbano, el empleo de técnicas constructivas tradicionales, la adecuación climática y contextual, donde se combinan tradición, praxis, pragmatismo y raíces culturales. El objetivo del presente trabajo busca profundizar en las características de la arquitectura y el urbanismo vernáculos presentes en Camagüey. Para ello fue empleado un enfoque cuantitativo, el método observación y el análisis intratextual. Como principales conclusiones se constató la existencia de una fuerte impronta de lo vernáculo en la ciudad, heredada hasta la actualidad, que abarca sus respuestas urbanas y arquitectónicas, en particular en el repertorio doméstico, pero que resulta extensiva hasta su cementerio.

Palabras claves: **vernáculo, arquitectura, urbanismo, cementerio, identidad**

ABSTRACT

Camagüey, declared a World Heritage City in 2008, has an important base of vernacular buildings, to which is connected a peculiar urban layout, the use of traditional building techniques, and adaptation to climate and context, where tradition, praxis, pragmatism and cultural roots are combined. The objective of this paper is to delve into the characteristics of vernacular architecture and urban planning present in Camagüey. To this end, a quantitative approach, observation and intratextual analysis were used. The main conclusions confirmed the existence of a strong imprint of the vernacular in the city, which is inherited up to the present and that encompasses its urban and architectural responses, particularly in the domestic repertoire, but that extends even to its cemetery.

Keywords: **vernacular, architecture, urban planning, cemetery, identity**

Artículo recibido el 23 de julio y aceptado el 19 de diciembre de 2014

[1] Facultad de Construcciones, Universidad de Camagüey, Cuba. adela.garcia@reduc.edu.cu

[2] Facultad de Construcciones, Universidad de Camagüey, Cuba. oscar.prieto@reduc.edu.cu

Las ciudades son fenómenos complejos, en ellas se transfigura una madeja incesante de interrelaciones: ambiente, naturaleza, historia, tensiones, juegos de poderes, los deseos y sueños de sus habitantes. Combinan estas la tradición y la contemporaneidad, lo nuevo y lo viejo; proceso que se visibiliza a través del recorrido de sus fachadas, en la escala de sus paisajes urbanos y en las características identitarias de sus barrios, que expresan sus memorias y andares, el paso del tiempo que es también el tiempo del hombre. En la ciudad se unen realidades e ideales, vivencias y pragmatismo, necesidades e imperativos. Las ciudades son el tronco y el árbol, son el hombre y la mujer social, fundamento de las naciones. Es por eso que quienes intervienen en su crecimiento, urbanistas, arquitectos y también el ciudadano común, son diseñadores de utopías.

Pero hoy es un imperativo para el hombre latinoamericano trazar los caminos que marcan su identidad. Quizás este sea de los puntos más complejos en el debate postmoderno. Las respuestas, en este sentido, no son nada simples y, para el arquitecto actual, los derroteros hacia donde encaminar sus obras, se vuelven sumamente difusos. En un medio agobiado por la globalización y la generalización de las experiencias, en un afán reduccionista, los espacios nacionales o regionales tienden a ser minimizados y con ellos sus costumbres ancestrales, lo cual implica, además, el irrespeto hacia las técnicas, materiales y modos de construir. Quizás en estos contextos, los términos "arquitectura y urbanismo vernáculos" sean vistos más como una utopía que como una respuesta sustentable al mundo de hoy.

Los mismos vocablos traen en sí las paradojas del hombre contemporáneo, que pueden ser traducidas en el debate modernidad / permanencia, y exteriorizadas en el aparente carácter cotidiano y simple de estas propuestas vernáculas; carácter que lleva a restarles importancia y catalogarlas como arquitectura y urbanismo "de segunda mano". Sumado a esto, la relación de ambos términos con lo autóctono y, por consiguiente, las costumbres y modos de vida, los materiales y técnicas de construcción derivados de las comunidades, se vuelven asimismo aspectos controversiales. De esa forma, se da, por ejemplo, la tendencia a confundir o simplificar el urbanismo y la arquitectura vernácula como segmentos de la cultura popular que los genera y en ocasiones suelen ser diluido en ella, al considerar sus respuestas como sinónimo de soluciones kischt.

No obstante, la Carta del Patrimonio Vernáculo Construido (ICOMOS, 1999) destaca, además de los elementos anteriores, "[...] el reconocible carácter local o regional ligado al territorio; una coherencia de estilo, forma y apariencia, así como el uso de tipos arquitectónicos tradicionalmente establecidos; la sabiduría tradicional en el diseño y la construcción, que es transmitida de modo formal; la respuesta directa a los requerimientos funcionales, sociales y ambientales y la aplicación de sistemas, oficios y técnicas tradicionales de construcción".

Así, se distingue su carácter como expresión de la identidad de las comunidades, regiones y países, su aplica-

bilidad como respuesta natural a los requerimientos sociales, sin exclusión del ambiente, en concordancia con su tiempo. Valoración que Laura Sepúlveda (2002:14-15) explica así:

La arquitectura vernácula pertenece a un sitio. Ha estado ahí toda la vida, no tiene una idea de temporalidad, ha permanecido ahí, en la memoria colectiva. Es una arquitectura hecha a mano, que en algunos casos adopta y reinterpreta el misterio del manejo de la luz y los espacios. Materiales naturales como la madera, cantera y mármol, se usan en diferentes espacios, lo que evoca el estilo compositivo de la arquitectura de nuestras ciudades y pueblos, y se logra así una arquitectura con identidad y alto valor estético.

Se trata de una arquitectura que respeta e incorpora colores, como componentes activos y distintivos del acervo cultural de las regiones, y donde las formas volumétricas logradas, el uso de los sistemas constructivos, la adecuación a la función, el diálogo que establece con los espacios exteriores –ya construidos o naturales–, la vinculación de saberes, generalmente empíricos y transmitidos a través de generaciones, la creación de ambientes interiores que generan microclimas en la búsqueda de lugares confortables, con incidencia en la temperatura, la iluminación, la ventilación, los grados de humedad, etc., constituyen aspectos que permiten, a su vez, conformar rasgos reconocibles capaces de denotar e identificar a quienes los producen y en los cuales, si bien es difícil apreciar filiaciones teóricas o estilísticas, es posible observar variaciones estéticas y culturales de un lugar a otro.

En el caso del urbanismo vernáculo, se coincide aquí con los criterios perfilados por Ángela Rojas (2005), quien lo define como: “[...] aquella implantación no arquitectónica basada en una tradición, en una decisión pragmática o incluso en una decisión profesional, siempre que pueda ser considerada propia del lugar y no obedezca a patrones exógenos”. Incluyendo los componentes urbanos, esta proyección resulta además interesante por cuanto valora soluciones que no necesariamente son espontáneas e, incluso cuando esta proyección urbana es espontánea, su connotación de respuesta propia, natural y práctica, es capaz de generar espacios y entramados de cierta magnitud (como la trama de Santa María del Puerto del Príncipe, actual Camagüey), y excluye, de cierto modo, los trazados urbanos implantados, ya sea por la experiencia del colonizador, su tradición, por reglamentaciones o por influencias foráneas, y excluye, de cierto modo, los trazados urbanos implantados.

Es válido señalar en todos los casos un aspecto común, esto es, una misma razón de existencia, de desarrollo: respuestas (propias, identitarias, generalmente anónimas) a la búsqueda de protección, en concordancia con el clima local, mediante materiales y técnicas vinculados a los recursos del entorno.

MÉTODOS

Se asume, en este estudio, un enfoque epistemológico en el cual se integran perspectivas cualitativas y cuantitativas. Se emplea el método de la observación desde sus variadas aristas: directa, documental -la cual permite la lectura de textos escritos, planos y monumentos- y el análisis de contenido, donde se emplea una estrategia extensiva al análisis intratextual. Todo ello como parte del enfoque cualitativo, que permite inferir las distintas conexiones o contextualizaciones que establece el campo investigativo. Además, se recurre también a técnicas de corte cuantitativo, como la tabulación (Álvarez y Barreto, 2010:138-141).

RESULTADOS

Desde la llegada del colonizador europeo a América, se detectan rasgos particulares, “propios” o distintivos en la arquitectura y el urbanismo del continente, donde aún existen lagunas considerables en el análisis de su comportamiento. Camagüey es una de las primeras villas instauradas en Cuba. Fundada el 2 de febrero de 1514 y conocida originalmente como Santa María del Puerto Príncipe, parte de su centro histórico posee la condición de Patrimonio Cultural de la Humanidad otorgada por la UNESCO, desde el 2008, debido a las características excepcionales de su trama urbana y lo singular de su cultura, entre otros aspectos.

Existe un criterio que tiende a igualar la arquitectura y el urbanismo desarrollados en la etapa colonial con lo vernáculo, desconociendo el alcance que el propio término implica. Lo vernáculo asimila las aportaciones europeas (las cuales pueden traer la impronta de lo vernáculo) pero, en su adaptación a las condiciones, necesidades locales y en su respuesta práctica, les impone un sello local, pragmático, que excluye lo estrictamente académico. Así sucede con el urbanismo fundacional: se implanta la plaza con las estructuras de poder establecidas en Europa, sin embargo, las construcciones se adaptan a las condiciones del terreno y a las características climáticas. De igual forma, se incorpora al proceso el pragmatismo en la delimitación de los lotes, sin el uso de la línea recta, y la comodidad del uso de los materiales propios, de la mano de obra sin especializar, dirigida por la experiencia. Todo ello da lugar en Camagüey, a la pérdida de la traza original, que respetó la cuadrícula pero buscó las vías más prácticas para desarrollarse.

El urbanismo

Si asumimos que en el urbanismo vernáculo es posible hallar un entramado que no siguió las implementaciones europeas (Rojas, 2005), sino que surgió de la necesidad y la respuesta pragmática de trazar las villas fundadas en el camino de la conquista y colonización,

entonces no se puede obviar el peso de la memoria o del ideal portado por los hombres, como tampoco la influencia de los núcleos poblacionales aborígenes existentes anteriormente, tal como sucedió en Cuba. Se trata, por tanto, de un trazado modificado por las características del contexto cultural y natural en el cual se insertan. Desde esta perspectiva, es posible comprender que buena parte de aquel trazado urbano generado en los primeros años de la colonización en América y en el Caribe, tiene sobre sí la impronta vernácula. A la par, es fácil reconocer la habilidad de Felipe II, como rey de España, al validar por ley lo que la práctica, la experiencia y la necesidad convirtieron en imperativo a la hora de las fundaciones en las colonias de ultramar.

Puerto Príncipe se asentó originalmente en Punta del Guincho, en la bahía de Nuevitas, al norte de la isla, contraviniendo la recomendación de fundar las villas al sur, por el desconocimiento de las posibilidades que ofrecían estas costas como puertos favorecidos por la corriente del Golfo. Su traslado posterior al interior del territorio con carácter de ciudad mediterránea -distante de los centros de poder, Santiago de Cuba y La Habana, así como de las villas más cercanas en los siglos XVI y XVII, Sancti Spiritus y Bayamo-, posibilita el desarrollo de una cultura endógena, distinguiéndose por las peculiaridades de su trazado urbano, el carácter e idiosincrasia de sus habitantes y el uso cuidadoso del lenguaje, donde persiste el voceo. Se debe agregar la existencia de un terreno singularmente llano, con abundante pasto y economía básicamente ganadera, que repercute en las características de la ciudad. El planteo de las viviendas urbanas no requirió de grandes espacios para la servidumbre por la existencia de pocos esclavos.

Con el asentamiento definitivo de la villa entre los ríos Tímina y Hatibonico, respetando la toponimia aborígen, empieza un proceso que culminará con la consolidación de la estructura urbana y cultural de sus habitantes. Pero ¿qué sucede con su entramado? Lo más cómodo hubiera sido, en un terreno prácticamente llano, implantar una cuadrícula perfecta como matriz generadora del espacio urbano, sin embargo, su crecimiento lento, aparentemente carente de regulaciones u ordenanzas, dispuso el empleo de un trazado irregular, en forma de plato roto, que deforma la cuadrícula original, gestada desde la Plaza de Armas, en sus nexos y funcionalidad con el resto de los componentes urbanos (Gómez, 2006), creando una compleja madeja de relaciones entre los distintos puntos de la villa, hasta quedar convertida en una especie de laberinto. Las motivaciones de este curioso desarrollo quedan abiertas al campo de la especulación, facilitada por la inexistencia de planos originales que recojan elementos de la fundación.

La ciudad se complejiza con el paso de los siglos: primero, la ubicación entre dos ríos dificultó la creación de puertos y, con ello, las comunicaciones, lo cual facilitó el aislamiento, el fomento de rasgos identitarios y un rico imaginario popular. Luego, la trama se convirtió en laberíntica, expresión del caos y el desorden, lo que, como se ha dicho, engendra una serie interrogantes: ¿se trató de una solución pragmática?, ¿fue una estrategia defensiva, que sirvió para escamotearle el paso a piratas y corsarios en sus fugaces apariciones? o ¿fue, acaso, resultado de concesiones arbitrarias de solares y una lenta ocupación de ellos, unido a un crecimiento desen-



Figura 1 Vista aérea de la ciudad, desde la plaza de San Juan de Dios. Nótese la irregularidad del trazado urbano de la zona y la prevalencia de las techumbres de tejas de barro, como adaptación climática y aprovechamiento de los recursos locales. Fuente: Archivos del Centro de Estudios de Conservación y Desarrollo de las Construcciones (CECODEC).

frenado hacia nuevos sitios? Pero las preguntas pueden ser vinculadas a fines más precisos y prácticos: si este trazado fue una consecuencia de los caminos impuestos por el traslado de ganado hacia las vastas llanuras que rodeaban a la villa o si fue un entramado derivado de la ubicación originaria de la villa, entre los ríos Tímina y Hatibonico que generó el empleo de puentes de comunicación obligatorios y pasos reales como el Puente de la Caridad, Paso Chiquito o el Puente Caballero Rojo, hacia los cuales derivaron las calles cercanas provocando la irregularidad de su desarrollo urbano.

El carácter vernáculo del trazado urbano de Puerto Príncipe se manifiesta desde sus orígenes y es apreciable en la angostura de las calles, la alineación de las edificaciones a diferentes alturas y anchos de aceras, el papel determinante de la praxis sobre la trama unida a la particularidad de su imagen urbana, donde las maderas de sus ventanas voladas –sobrevivientes a las regulaciones del siglo XIX– marcan el paso del transeúnte y permitiendo apreciar los valores de su peculiar arquitectura y percibir la rica variedad de sus ambientes urbanos. Inicialmente, esta imagen estuvo marcada por materiales precarios como la madera, la yagua, el guano, los que fueron sustituidos de modo gradual por el barro, material abundante en la región y base de una temprana industria alfarera, registrada desde 1544 (Cuevas, 2001:3) (ver Figura 1).

La trama se distingue por la configuración de sus espacios, en los cuales se genera un sistema de plazas

principales y secundarias, así como por la convergencia, dilatación o ensanche de vías que dan lugar a plazuelas o plazoletas, las que adquieren especial significación, al relacionarse con construcciones importantes, como las iglesias que nombran y distinguen las barriadas. La relación entre las plazas y las iglesias estructura los recorridos urbanos, mediante una disposición radioconcéntrica y un dominio en torno a la Plaza Mayor, donde, en consecuencia, se ubicó tempranamente la catedral, el cual facilita, dado lo enrevesado del trazado, el desarrollo de peculiares cierres de perspectivas, con visuales que irrumpen ante el caminante, otorgándole una plasticidad singular a la imagen de la ciudad.

En tanto, las relaciones básicas funcionales serían establecidas por el nexo económico y la religión. Al respecto, Lourdes Gómez (2005:35) expresa: “[...] para la primera [economía], (este desarrollo urbano) encuentra respuestas a la necesidad de relaciones externas hacia el territorio (hatos, corrales, estancias y haciendas) y hacia la salida y entrada de mercancías, en menor medida por tierra y casi fundamentalmente por mar. Esto genera un grupo de caminos hacia las afueras como extensión de la estructura urbana desarrollada y que va a marcar tendencias lógicas de crecimiento”.

Asimismo, los templos conforman nodos importantes y denotan la estructura social de la villa, que desde el siglo XVIII permitió la edificación de grandes construcciones religiosas en un espacio relativamente pequeño y el establecimiento de la red interna de caminos, organizados a partir del vínculo iglesia-iglesia, iglesia-plaza e iglesia-vivienda. Las iglesias construidas en plazas o dilataciones del espacio urbano, de donde salían generalmente las calles, crean cruces de caminos y de perspectivas. Pero la ausencia de reglamentaciones urbanas, o su incumplimiento, establecieron que estas vías se trazasen por los recorridos más cortos, y se lo-

grase un trazado singular por la sinuosidad de las calles, su pequeñez y, en ocasiones, estrechez. De esta forma, dicho trazado se caracterizó por la presencia de plazas presididas por templos, con primacía de construcciones de una o dos plantas, la preponderancia de los arcos presidiendo los accesos, la diversidad de aleros, donde destacan los elegantes tornapuntas, las pilastras flanqueando las grandes puertas clavadas y, hacia el interior, los frescos patios y los tinajones, solución implementada ante la carencia de agua de la zona (ver Figura 2).

Durante el período colonial, los grandes temas urbanos en Puerto Príncipe estuvieron signados por los repertorios religiosos y habitacionales, en los cuales se expresan elementos distintivos de la arquitectura vernácula. El primero, con sus elegantes construcciones, símbolo de la religiosidad de sus habitantes, estableció un recorrido fácilmente distinguible desde diversos puntos de la villa: las torres y campanarios trazan, aún, los pasos de sus ciudadanos. El segundo, establecido por las costumbres, las formas y modos de vida, las necesarias adecuaciones climáticas, mostró la interiorización de sus habitantes, el empleo de materiales locales y un estudio espacial a partir de la respuesta natural a la irregularidad de sus lotes, delineados originalmente a lienza y cordel.

El hábitat

En la vivienda príncipeña se exterioriza la expresión vernácula de la ciudad. Las viviendas del período colonial camagüeyano fueron construidas de una o dos plantas, trazadas en lotes irregulares que dificultaban la implementación del ángulo recto en los interiores, con el empleo de patios interiores, con galerías leñosas o de

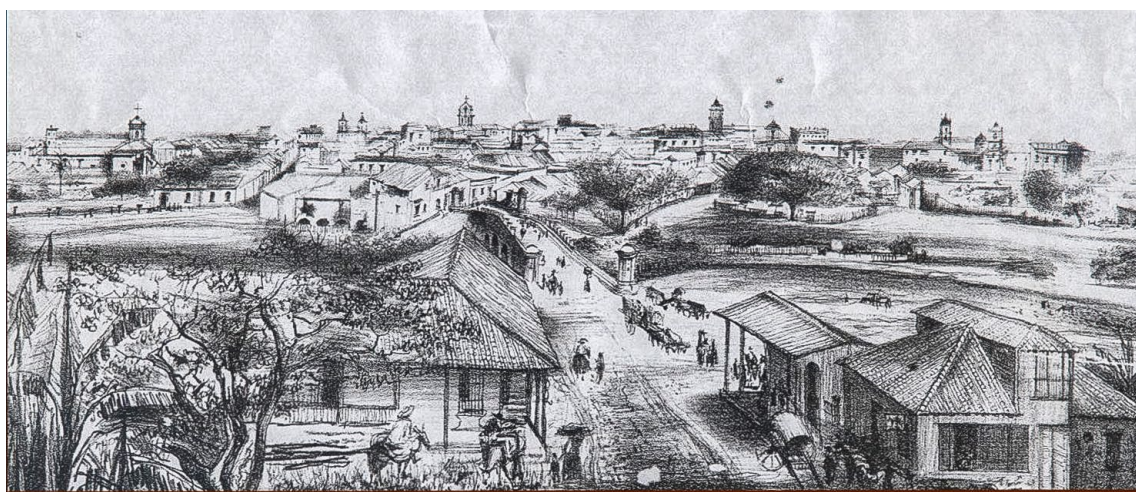


Figura 2 Vista de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe desde el puente de La Caridad. Grabado antiguo perteneciente a la Biblioteca Nacional de Cuba (Fondo de Grabados). Obsérvese el predominio de las manzanas irregulares, las visuales hacia las torres campanarios de los templos y la presencia de una arquitectura primigenia de fuerte carácter vernáculo. Fuente: Mabel Teresa Chaos Yeras: “El lenguaje de poderes en la estructura física de Santa María del Puerto del Príncipe. Siglos XVI-XVIII”, Tesis Doctoral, (2001:60).



Figura 3 Planta y elevación de vivienda del período formativo de la arquitectura de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe. Ubicación en Lugareño # 102, esquina Ángel. Fecha más antigua: 1720. En su trazado trapezoidal, casi triangular, se traduce la irregularidad del lote. Fuente: Archivos del Centro de Estudios de Conservación y Desarrollo de las Construcciones (CECODEC)

mampostería que servían no solo como pretexto para el paso, sino también como adaptación climática, al permitir la protección solar y de la lluvia, y crear un ambiente fresco. El empleo de las techumbres de madera, con cubiertas inclinadas de barro -desde el elaborado techo de armadura o alfarje, hasta el rústico colgadizo que guiaba las aguas al patio, facilitando el drenaje de las aguas recogidas en ventrudos tinajones o en aljibes, y el aislamiento térmico-, aportaron ese color rojizo que distingue el paso por la ciudad. Fue común la utilización de las paredes medianeras de ladrillos cocidos de barro -gracias a la vasta presencia de la arcilla en la zona, material versátil, con gran plasticidad y resistencia-, tablas de yaguas, embarrado, mampuesto o tapial y los pisos de losas de barro (ver Figura 3).

El desarrollo simple de la planta de una crujía paralela a la calle, el uso del zaguán, la inevitable presencia de los arcos y su rica variedad -donde destacan el mixtilíneo, los medios puntos y los carpaneles-, la diversidad de aleros, como necesidad apremiante de la región; todo ello denota el tratamiento íntimo del hábitat, considerado tradicional y conservador en la arquitectura colonial cubana. Los elementos decorativos se colocaban en relación estrecha con el estatus social. Resulta interesante, en tal sentido, el frecuente empleo del arco, como principal elemento no solo arquitectónico-funcional, sino de jerarquización social del espacio habitable. Las

evidencias demuestran cómo los primeros arcos fueron producto de un conocimiento empírico de los maestros constructores; su terminación imperfecta y aspecto atectónico dan fe de ello. Luego, estos alcanzarán un alto nivel de perfección, con los mixtilobulados de gran diversidad y complejidad propios del esplendor del siglo XIX, distinguiéndose en la arquitectura cubana por su elegancia y proporciones. Su originalidad le ha permitido, en efecto, ocupar un lugar preferencial en la vivienda tradicional camagüeyana hasta la actualidad (ver Figura 4).

En toda esta arquitectura vernácula desarrollada en la ciudad destaca el peso de la praxis y la experiencia de los maestros albañiles, quienes con su sapiencia y, muchas veces sin disponer reglamentaciones, hicieron el trazado de una ciudad peculiar, donde se conjuga armoniosamente el sabor de la espontaneidad con elaboradas soluciones académicas e, incluso, con la impronta de lo moderno. La ciudad es eso, encanto, provocación, sorpresa, folclor, urdimbre de barro y polvo, de vida y tiempo.



Figura 4 Empleo del arco mixtilíneo como elemento decorativo que jerarquiza el espacio interior de la vivienda, situada en Lugareño # 57. Su imperfección denota el status social de sus moradores y la ausencia de una mano de obra especializada. Fuente: Archivos del Centro de Estudios de Conservación y Desarrollo de las Construcciones (CECODEC).

El Cementerio General

El Cementerio General de Camagüey fue bendecido en mayo de 1814 y actualmente es uno de los más antiguos del país. En sus inicios contó con plano de construcción pero trasladó de modo espontáneo la irregularidad de la traza ciudadanas, es decir, aquí se mantiene el diseño de la manzana compacta, no obstante, su desarrollo interior traduce el caos de la espontaneidad: pocos fueron los proyectos exigidos para la construcción de los monumentos.

Las tumbas más antiguas conservadas corresponden a la tipología de panteones adosados a paredes de la Iglesia y limitrofes al camposanto. Las construcciones alcanzan 1,50 m de altura media; de diseño simple y con el empleo de nichos abovedados que alcanzan hasta tres niveles de enterramiento. Usan el ladrillo de barro para levantar los paramentos, bóvedas y techos, junto con horcones de madera con función estructural y losas de barro como revestimiento de cubiertas. Las fachadas simples denotan macidez en el planteo de la elevación, resaltado por la terminación de los revestimientos, el detalle simple de la decoración y el diseño de las pilastras –con preferencia por las corridas–. Existe una correspondencia de época entre las construcciones edilicias y las funerarias de Puerto Príncipe. En la primera mitad del siglo XIX, las edificaciones se caracterizan por

una coherencia constructiva y la persistencia de la casa tradicional con pocos detalles estilísticos, se mantiene el tipo pero se introducen variaciones tipológicas que enriquecen las fachadas, con predominio del ancho sobre el alto; en la necrópolis existe igual predominio del ancho sobre el alto, característica afianzada en las construcciones más antiguas, donde persisten elementos de la arquitectura del siglo XVIII.

En el cementerio, lo vernáculo se mezcla con lo folclórico y lo popular, de una manera tal que sus fronteras se difuminan. Además, se halla marcado por la inoperancia de las regulaciones, las cuales entonces solo exigían el cumplimiento de horarios, requisitos de enterramiento e inhumación, y monumentos elaborados con decoro, acorde a la función del lugar. El hecho de adecuar el camposanto parroquial de la iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje con las necesidades de la villa y de no buscar un nuevo espacio, implicó una solución práctica, ajena a estudios profundos en relación a las condiciones del lugar. El trazado dejó expedito el camino para la espontaneidad y el gusto de los ciudadanos, quienes optaron por asimilar fórmulas establecidas en la ciudad del XVIII, aprovechando la expresividad del barro. Un aspecto connotativo es la inexistencia de información sobre estos primeros constructores o sobre quienes proyectaron estos primeros monumentos.



Figura 5 Vista de construcciones de fuerte impronta vernácula en el primer tramo del Cementerio General de la ciudad. Fuente: Adela María García Yero

CONCLUSIONES

En Camagüey es posible apreciar el tratamiento de la arquitectura vernácula en el uso de las técnicas y materiales de construcción, la composición volumétrica, los rasgos tipológicos de las edificaciones, manifestados en los inicios efímeros e inexpertos. La respuesta pragmática al contexto natural determinó no solo el desarrollo peculiar de su trazado urbano, sino también las características de sus viviendas, cuya introspección refleja, a su vez, el carácter de sus habitantes. De este modo, el arraigo a lo vernáculo es expresión de identidad extendida hasta la actualidad.

Es aquí fundamental el papel jugado por la praxis y el conocimiento empírico en la conformación de una arquitectura, tanto doméstica como civil, y en el desarrollo de trama de la ciudad y su imagen urbana, distintivas y fieles a las raíces culturales que las originan.

En este trabajo fue posible, finalmente, dilucidar criterios acerca de qué entender por vernáculo y no equipararlo a la arquitectura y al urbanismo colonial; reconociendo, de todas formas, el peso del primero dentro de los segundos, y otorgándole a lo vernáculo el valor que poseen la praxis, la adecuación a las características climáticas locales y la espontaneidad, en la búsqueda de soluciones en función del hombre.

La ciudad se vuelve incitación en su urdimbre, mezcla fundente de una cultura propia, identificada con sus valores y tradiciones, que valida el barro como material idóneo por su abundancia y plasticidad, por su don de vida, como símbolo que la identifica y distingue.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, Luis y BARRETO, Gaspar. El arte de investigar el arte. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2010.

Archivos del Centro de Estudios de Conservación y Desarrollo de las Construcciones (CECODEC)

ICOMOS. Carta del Patrimonio Vernáculo Construido [en línea]. 1999. [Consultado 12 de marzo de 2006]. Disponible en: http://www.international.icomos.org/charters/vernacular_sp.pdf

CUEVAS, Juan de las. 500 años de construcciones en Cuba. La Habana: Chavín, Servicios Gráficos y editoriales, 2001.

CHAOS, Mabel. "El lenguaje de poderes en la estructura física de Santa María del Puerto del Príncipe. Siglos XVI-XVIII", Tesis Doctoral, 2001

GARCÍA, Adela. Estrategia de conservación del patrimonio cultural del Cementerio General de Camagüey. Tesis doctoral inédita. Instituto Superior de Arte La Habana, 2011.

GÓMEZ, Lourdes. Carácter vernáculo del centro histórico de la ciudad de Camagüey. En: CÁTEDRA GONZALO CÁRDENAS DE ARQUITECTURA VERNÁCULA (ed.), I Jornadas Técnicas de Arquitectura Vernácula. Madrid: Fundación Diego de Sagredo, 2005.

GÓMEZ, Lourdes. El centro histórico de Camagüey. En: GÓMEZ, Lourdes, PRIETO Óscar y MAS, Vivian. Camagüey: ciudad y arquitectura (1514-1950). Camagüey: Editorial Ácana, 2006, pp.15-78.

GÓMEZ, Lourdes, PRIETO Óscar y MAS, Vivian. Camagüey: ciudad y arquitectura (1514-1950). Camagüey: Editorial Ácana, 2006.

ROJAS, Ángela. Los valores del urbanismo vernáculo. En: CÁTEDRA GONZALO CÁRDENAS DE ARQUITECTURA VERNÁCULA (Ed.), I Jornadas Técnicas de Arquitectura Vernácula. Madrid: Fundación Diego de Sagredo, 2005, pp.105-110.

SEPÚLVEDA, Laura. Al rescate de la arquitectura vernácula. En: Gazeta Universitaria, abril 2002, pp. 14-15 [en línea]. [Consultado 12 de marzo de 2006]. Disponible en: <http://www.gaceta.udg.mx/>